

Don de sí mismo y Comunión: una doble clave para una síntesis teológico-espiritual.

RESUMEN

El teólogo benedictino G. Lafont nos recomienda una “reduplicación del lenguaje” que yo he encontrado en la doble clave “don de sí mismo” y “comunión”.¹ Esta doble clave me ha ayudado a sintetizar la mayoría de los elementos de nuestra fe y vida cristianas, síntesis que espero presentar en un libro que está en elaboración.

En este artículo ofrezco el comienzo de ese libro, donde presento esa doble clave comenzando por la *Oikonomia*, como hacemos en la teología contemporánea.² Y, como también hacemos en la actualidad desde los textos pioneros de G. Lafont y H. U. Von Balthasar de 1969³ destaco la centralidad de Jesús y de su misterio pascual en esa *Oikonomia*; aunque en mi caso, lo hago destacando esa doble clave indicada.

Finalmente, muestro cómo el Espíritu que es el Don por excelencia y la Comunión en Persona continúa lo que Jesús comenzó...

Palabras clave: Trinidad; Jesús; Espíritu; comunión; don de sí mismo

Gift of Self and Communion: a Double Key for a Theological-Spiritual Synthesis.

ABSTRACT

The Benedictine theologian G. Lafont recommends a “reduplication of language” that

1. Cf. G. LAFONT, *Peut-on connaitre Dieu en Jésus-Christ? Problematique*, Paris, Du Cerf, 1969; 130, 132, 138, 145; 235, 263-267; etc.

2. La reflexión sobre la *Theologia* implicada y el retorno a la historia para hacer una lectura de la *Oikonomia* a la luz de esa *Theologia* queda más allá de lo que presento en este artículo y constituirá el resto del libro.

3. Cf. G. LAFONT, *op. cit.* y H. U. VON BALTHASAR: “El misterio pascual”, en *Mysterium Salutis* III, Madrid, Cristiandad, 1980, 666-814 (original alemán de 1969).

I have found in the double key “gift of self” and “communion”.¹ This double key has helped me to synthesize most of the elements of our Christian faith and life, a synthesis that I hope to present in a book that is being prepared.

In this article I offer the beginning of that book, where I present that double key beginning with the *Oikonomia*, as we do in contemporary theology.² And, as we also do today from the pioneering texts of G. Lafont and H. U. Von Balthasar of 1969³ I highlight the centrality of Jesus and his paschal mystery in that *Oikonomia*; although in my case, I do it highlighting that double key indicated.

Finally, I show how the Spirit which is the Gift par excellence and Communion in Person continues what Jesus began...

Key words: Trinity; Jesus; Holy Spirit; Communion; Gift of Self

1. Jesús

1.1. Jesús vivió toda su vida como un don de sí a los demás

Sabemos que Jesús dio su vida en la Cruz. Pero, en realidad, Él vivió toda su vida como un don de sí mismo a los demás. Jesús vivió cada día de su vida en relación filial con su *Abbá*, y en actitud servicial hacia todos sus hermanos, los hombres.

“De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración” (Mc 1,35).⁴

“El Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida” (Mc 10,45).

“¿Quién es mayor: el que está a la mesa, o el que sirve? ¿No es cierto que es quien está a la mesa? Pero yo estoy en medio de ustedes como el que sirve” (Lc 22,27).

1. Cf. G. LAFONT, *Peut-on connaitre Dieu en Jésus-Christ? Problematique*, Paris, Du Cerf, 1969; 130, 132, 138, 145; 235, 263-267; etc.

2. La reflexión sobre la *Theologia* implicada y el retorno a la historia para hacer una lectura de la *Oikonomia* a la luz de esa *Theologia* queda más allá de lo que presento en este artículo y constituirá el resto del libro.

3. Cf. G. LAFONT, *op. cit.* y H. U. VON BALTHASAR: “El misterio pascual”, en *Mysterium Salutis* III, Madrid, Cristiandad, 1980, 666-814 (original alemán de 1969).

4. Este versículo se encuentra en el segmento conocido como “un día en la vida de Jesús” (Mc 1,21-39): Marcos nos muestra una jornada típica, que Jesús comenzaba antes de salir el sol con un largo período de oración. De este ejemplo tomaron nota los antiguos monjes que hasta el día de hoy siguen esa misma práctica.

“Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y Él pasó haciendo el bien” (Hch 10,38).

1.2. Jesús nos enseñó el camino del don de sí mismo

Jesús no sólo nos dio ejemplo con su vida sino que nos iluminó con su enseñanza, que en este punto del “don de sí mismo” es muy insistente.

“Llamando a la gente a la vez que a sus discípulos, les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,34s).

“...Entonces se sentó, llamó a los Doce, y les dijo: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos». Y tomando un niño, le puso en medio de ellos, le estrechó entre sus brazos y les dijo: «El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí sino a Aquel que me ha enviado»” (Mc 9,36-38).

“Por eso, todo cuanto quieran que los hombres les hagan, así también hagan ustedes con ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas” (Mt 7,12).

“Si alguno viene junto a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y me sigue, no puede ser discípulo mío” (Lc 14,26-27).

1.3. Jesús forma una comunidad

Para que el don de sí mismo se concrete y se difunda, Jesús va formando una comunidad misionera, ya desde el comienzo de su ministerio público:

“Bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y Andrés, el hermano de Simón, largando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Vengan conmigo, y les haré llegar a ser pescadores de hombres.» Al instante, dejando las redes, le siguieron” (Mc 1,16-18).

Jesús pone al frente de ella a los Doce, una comunión que está al servicio del bien y de la comunión de todos: así como el propio Jesús

cotidianamente cura, serena, libera, perdona, purifica, ilumina, vivifica y se compadece; así también los Doce deben difundir esas acciones en su misión. Y son llamados “apóstoles” porque son “enviados” para incorporar a los hombres en la comunión del Reino (cf. Mt 8-10).⁵

Y, dentro de la comunión de los Doce, confía a Simón la función de fundamento de la comunión:

Jesús les dijo “«Y ustedes ¿quién dicen que soy yo?» Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...» (Mt 16,15-18).⁶

La característica distintiva de los discípulos de Jesús será el amor recíproco: “En esto todos reconocerán que son mis discípulos: si se tienen amor los unos a los otros” (Jn 13,35). Este don mutuo que genera la comunión, será imagen y semejanza de la comunión que hay entre Jesús y su *Abbá*; y la oración de Jesús por sus discípulos pide eso: “... que todos sean uno. Como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros, para que el mundo crea que Tú Me enviaste” (Jn 17,21).

1.4. En el lavatorio de los pies, Jesús manifiesta la hondura de su don

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo... durante la cena... se levantó de la mesa, se quitó sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una

5. El sentido que tiene el segmento de Mt 8-10 es mostrar primero las acciones benefactoras de Jesús en la sección narrativa (Mt 8-9, en que hay 10 milagros); para después constituir a los Doce y darles recomendaciones para su ministerio en el discurso del capítulo 10, poniendo un fuerte acento en el don de sí mismo, por ejemplo, en el desinterés (10,8-10) y la renuncia a todo (10,37-39).

6. En arameo, el título “*Kefá*” que Jesús da a Simón no es un nombre de persona (“Pedro”) sino un símbolo que Jesús establece (Piedra) para indicar la función de Simón: fundamento de la comunidad (y no cumbre de una pirámide verticalista). El símbolo complementario de las llaves remite a la figura de un “primer ministro” (cf. Is 22,22)... lo cual implica que hay otros ministros (los otros once) y que Simón no es la autoridad suprema sino Jesús, que es el Mesías e Hijo de Dios (Mt 16,16).

vasija y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido...

“Llega a Simón Pedro; éste le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?». Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde». Le dice Pedro: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Le dice Simón Pedro: «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza».

“Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor; y tienen razón, porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, les lavé los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que como Yo les he hecho, también ustedes lo hagan. En verdad les digo, que un siervo no es mayor que su señor, ni un enviado es mayor que el que lo envió. Si saben esto, serán felices si lo practican»” (Jn 13,1-17).

Jesús ahonda su actitud servicial en un acto tan humillante que Pedro se resiste a ser servido por Jesús de esa manera. Y Jesús termina esta “lección de don de sí mismo” mostrando que esa servicialidad no se contradice con su condición de Señor y Maestro, e indicando que si seguimos su ejemplo seremos felices.

Y, si “quien ha visto a Jesús ha visto al Padre” (cf. Jn 14,9) entonces el Dios cristiano no es un Todopoderoso que avasalla a sus enemigos, sino *el Dios Fuerte en el Amor, que nos vence que su amor invencible...* Amor en el cual está escondida una Sabiduría que los sabios de este mundo no han sabido discernir (cf. 1 Co 1,18-25). “Amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” y del cual no podemos alcanzar “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” (cf. Ef 3,18s) porque es un Amor infinito, dado que el mismo “Dios es Amor” (1 Jn 4,8).

1.5. En el Pan y el Vino, Jesús se hace don para alimentar nuestra comunión

Jesús “tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Éste es mi cuerpo que se entrega por ustedes: hagan esto en memoria mía». De igual modo, después de cenar, tomó la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros»” (Lc 22,21s).

Dice Jesús: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo les voy a dar, es mi carne por la vida del

mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron sus antepasados, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre” (Jn 6, 51-58).

Cuando los seres humanos hemos querido representar la presencia divina en algo material, hemos construido edificios monumentales: desde las pirámides (egipcias o americanas) hasta el Templo de Jerusalén; desde la Basílica de San Pedro hasta el Templo Mormón de Salt Lake City: construcciones pétreas, diseñadas para impresionar y para durar por siglos.

Cuando Dios mismo quiso dejar su presencia divina en algo material eligió apenas pan y vino: realidades sencillas, domésticas, cotidianas, familiares... y directamente creadas para dejar de existir dando vida a quienes las consumen.

Y en esto también se manifiesta que Dios es “don de sí mismo” para la “comunión”.

1.6. En Getsemaní: don de sí extremo en la comunión de amor de la Trinidad.

Jesús al orar decía: “«¡*Abbá*, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú»” (Mc 14,36).

En Getsemaní hay un diálogo doloroso y amoroso hasta el extremo: Jesús ora a su *Abbá*, en el Abrazo de Amor que es el Espíritu Santo, y se dispone a hacer lo que sea necesario.

Dios Padre no quiere que su Hijo sufra, pero la maldad humana ha conducido a Jesús a un callejón de muerte.⁷ Parece no haber salida, pero Jesús sabe que Dios abre puertas aún donde no las hay... porque Dios que es Vida, Sabiduría y Amor infinitos jamás permitiría que el mal tuviera la última palabra.

En ese Abrazo de Amor y confiando en el Padre hasta el extre-

7. Cf. Mt 21,37: “Finalmente les envió a su hijo, diciendo: «A mi hijo le respetarán»”.

mo, se gesta la aceptación del dolor que fructificará en comunión después de la Resurrección.

Jesús se entrega de corazón y hace su Pascua interior, que se materializará en las horas que siguen:

“Viene entonces a los discípulos y les dice: «Ahora ya pueden dormir y descansar: ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ¡Levántense!, ¡vamos!: el que me va a entregar está cerca.»” (Mt 26,45s).

1.7. En la Cruz, Jesús consume su don

En la Cruz, Jesús se hace “todo don”: entrega sus vestiduras, que es lo que una persona lleva pegado a su cuerpo; entrega a su Madre, que es lo que un hombre célibe tiene más pegado a sus afectos; y finalmente, desde la cumbre de la Cruz, entregó el Espíritu.

Y aún después de su muerte sigue dando, pues en el agua y la sangre que salen de su costado abierto están representados el bautismo y la eucaristía, los sacramentos que “hacen a la Iglesia”; y por eso se puede decir que “del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán adormecido, así la Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la Cruz”.⁸ De este modo, comienza a realizarse la comunión con Dios y entre nosotros, que es la finalidad de la venida de Jesús, quien vino al mundo “para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52).

Los soldados tomaron a Jesús y “lo crucificaron; y se repartieron sus vestidos, sorteando a ver qué se llevaba cada uno” (Mc 15,24).

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la recibió como propia” (Jn 19,25-27).

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido... tomó el vinagre y dijo: «Todo está cumplido.» E inclinando la cabeza entregó el Espíritu” (Jn 19,28-30).

8. San Ambrosio, citado en CCE 766.

Y ya muerto: “uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua. Y el que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean” (Jn 19,34).

1.8. Con su Resurrección, Jesús plenifica nuestra comunión

Al llegar su Pascua, el Hijo nos hace también a nosotros “hijos de Dios” por medio de la Nueva Alianza. Por eso, Jesús –ya resucitado– nos llama “hermanos” por primera vez.⁹ Y con el don del Espíritu nos introduce en la vida trinitaria y en su Paz.

Cuando las mujeres retornaban, habiendo descubierto el sepulcro vacío: “De repente Jesús les salió al encuentro, diciendo: «¡Alégrense!». Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies y lo adoraron. Entonces Jesús les dijo: «No teman. Vayan, avisen a Mis hermanos que vayan a Galilea, y allí Me verán»” (Mt 28,9s).

“Jesús le dijo [a María Magdalena]: «...Ve a decir a mis hermanos: «Subo a mi Padre, el Padre de ustedes; a mi Dios, el Dios de ustedes»”. (Jn 20,17).

“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas del lugar donde los discípulos se encontraban por miedo a los Judíos, Jesús vino y se puso en medio de ellos, y les dijo: «Paz a ustedes». Y diciendo esto, les mostró las manos el costado. Entonces los discípulos se regocijaron al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: «Paz a ustedes; como el Padre Me ha enviado, así también Yo los envío». Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, éstos les son perdonados; a quienes retengan los pecados, éstos les son retenidos»” (Jn 20,19-23).

2. El Espíritu Paráclito: el Don que hace la Comunión

El Espíritu Santo es el Don por excelencia que surge del misterio pascual de Jesús, para nosotros.

Y siendo Él mismo la “Persona Comunión” en la Trinidad, es también quien nos capacita en la historia para vivir en el don de sí y la comunión: su dinamismo divino nos ilumina y nos empuja hacia aquello que es nuestra realidad y nuestra vocación más profunda.

9. Cf. G. LAFONT, *Dios, el tiempo y el ser*, Salamanca, Sígueme, 1991, 162.

El relato de Pentecostés que nos propone Lucas en el *Libro de los Hechos de los Apóstoles* indica esto, entre otras cosas: que cada uno de los oyentes de los Apóstoles los escuche en su propia lengua es la inversión de la dinámica de división que se había generado en la Torre de Babel (cf. Hch 2,1ss; Gn 11,1ss). En aquella oportunidad, la soberbia humana quiso escalar hasta el cielo el lugar de Dios construyendo una torre gigantesca, alarde del poder humano... ¿cuál fue el efecto? La confusión de las lenguas y la división de los hombres. Aquí sucede todo lo contrario: el Amor divino baja a la tierra el lugar de los hombres y el efecto es la comprensión y la comunión.

La comunión humana no surge principalmente del esfuerzo humano como lo demuestran todos los proyectos de este tipo: desde la Torre de Babel hasta la *Organización de las Naciones Unidas* (ONU).¹⁰

La comunión humana es un don de Dios al cual cada ser humano debe abrirse, para entrar con la luz y la fuerza donadas por el Espíritu en la dinámica trinitaria del don de sí y la comunión.

Esto lo vemos desde la misma pequeña comunidad que fundó Jesús: los mismo hombres que cobardemente lo abandonaron y huyeron cuando Jesús más los necesitaba, pocas semanas después de que su Maestro había sido ajusticiado de la manera más sangrienta y humillante, estos mismos hombres surgen de su encierro con una sabiduría inexplicable y una valentía indomable y en pocas décadas cambian la faz del mundo conocido hasta ese entonces... ¿Qué fue lo que sucedió? Sucedió lo que les había anticipado Jesús: “les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes. Pero si me voy, se lo enviaré” (Jn 16,7): los discípulos pierden la presencia física de Jesús, pero ganan la presencia interior del Espíritu Paráclito que los capacita con sus dones, tanto para poder entender lo que Jesús enseñó como para poder aplicarlo y vivirlo fielmente en sus vidas.

Por eso, en la comunidad cristiana animada por el Espíritu sobresalen el don de sí y la comunión:

10. El reciente documento *Placuit Deo* de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, nos vuelve a advertir de la constante tentación de una “salvación por el propio esfuerzo humano” que no reconoce ni la profundidad de la herida del pecado en el corazón humano, ni el don de la salvación divina que es la que puede abrir la posibilidad de la comunión.

“Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones... Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo...” (Hch 2,42-47).

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían ellos en común... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de las ventas, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hch 4,32-35).

Así como el hierro que es opaco, frío y duro cuando es calentado al rojo vivo cambia sus cualidades en las opuestas y se vuelve brillante, ardiente y maleable; así el hombre impregnado por el Espíritu se llena de “amor, alegría y paz; paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia y dominio de sí” (Ga 5,22s).

2.1. La comunidad cristiana: unidad en la diversidad

El Espíritu dona a la comunidad distintos ministerios y carismas, que enriquecen a la unidad eclesial:

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que hace todas las cosas en todos.

“Y a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común: a uno le es dada palabra de sabiduría por el Espíritu; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; a otro, dones de sanación por el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas, y a otro, el don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las hace el uno y mismo Espíritu, distribuyendo individualmente a cada uno según su voluntad” (1 Co 12,4-11)¹¹

11. Nótese que en el primer párrafo hay una insinuación trinitaria: “Espíritu, Señor y Dios”, dado que el título “Señor” es aplicado por Pablo principalmente a Jesús.

Por eso la comunidad cristiana aparece como un cuerpo que tiene distintos órganos y miembros pero sigue siendo una unidad; y cada miembro y órgano distinto suma sus características propias para la riqueza del cuerpo (cf. 1 Co 12,12-30).

Y, de nuevo, se nos dice que el culmen está dado por el amor que es el “camino más excelente” (1 Co 12,31); que es “lo más grande” (1 Co 13,13) y es aquello que “no pasará jamás” (1 Co 13,8).

2.2. *Jesús y el Espíritu*

Hemos comenzado este segmento sobre el Espíritu Paráclito relacionándolo con el misterio pascual de Jesús que, de algún modo, alcanza su culmen en Pentecostés. Pero si contemplamos la vida de Jesús, la relación entre Él y el Espíritu Santo no empieza allí: ya al comienzo del ministerio público de Jesús vemos que el Espíritu lo guía en los pasos a dar:

“Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu en el desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo... Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu y su fama se extendió por toda la región” (Lc 4,1.14).¹²

Más aún, cada vez que rezamos el Credo proclamando nuestra fe, recordamos lo que nos dice también Lucas al principio de su evangelio: que Jesús “fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo” (cf. Lc 1,26ss). Con lo cual contemplamos que el misma venida al mundo del Hijo de Dios se debe a la acción del Espíritu y, entonces, la relación entre ellos es más profunda y amplia que lo que solemos ver.¹³

Pablo se hace eco de este misterio en una de sus cartas, antes que se escriban los evangelios:

12. Aquí está el punto de partida de la reflexión que hará H. U. Von Balthasar y que se suele llamar “inversión trinitaria”: cf. R. FERRARA, *El Misterio de Dios. Correspondencias y paradojas*, Buenos Aires, Sígueme, 2005, 627-633.

13. Recordemos que “el Espíritu de Dios” está también muy presente en el Antiguo Testamento, aunque no se puede ver en esos textos una revelación clara de la Tercera Persona Divina: cf. J. FAZZARI, *Meditaciones sobre la Trinidad*, Buenos Aires, Claretiana, 2010^o, 63-66.

“...al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos. Y, como son hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡*Abbá*, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, también eres heredero por voluntad de Dios” (Ga 4,4-6).

Conclusión provisoria

Como dije al principio, estas son las primeras páginas de un libro en preparación. Si Dios lo sigue queriendo, el texto continuará con una exposición sobre Dios Padre en la *Oikonomia*, que completará lo dicho aquí sobre Jesús y el Espíritu en esa misma clave económica.

Luego seguirá una exposición sistemática sobre cómo la doble clave “don de sí mismo” y “comunidad” puede servir para reflexionar sobre los distintos misterios de la fe y de la vida cristiana.

Por ejemplo:

- la vida íntima de la Trinidad puede leerse con esta doble clave: la “Trinidad *in fieri*” se relaciona con el don de sí mismo y la “Trinidad *in facto esse*” con la comunión;
- la vida cotidiana de la Iglesia debe ser como la Trinidad Comunión Misionera;
- la eucaristía es sacrificio y comunión;
- la ascética puede leerse como don de sí mismo y la mística como comunión... y muchos etcéteras que espero presentar pronto.

JORGE FAZZARI ·
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
03.02.2018/4.03.2018

· Doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Católica Argentina. Es profesor en la Facultad de Teología y en la Licenciatura de Ciencias Periodísticas de la misma Universidad.